

Fuegos Pirotécnicos

Moon Valc



Capítulo 1

****Nota del autor. Esta adaptación escrita es un pastiche del cuento "Geografías" de Mario Benedetti por la simple necesidad de querer estar en el presente sin olvidar el tan doloroso pasado... Todos los hechos son mezcla de realidad y ficción del México 68.***

"Fuegos Pirotécnicos"

Estaba admirando las fotografías de aquella exposición al aire libre que se habían colocado en medio de la calle Madero, a pesar de que estaba el sol, yo tenía mi café con leche, o *cappuchino venti* como lo había comprado en ese establecimiento, en una mano junto con una servilleta marrón. La calle era una fiesta con el verde, blanco y rojo y muchos de ellos cantaban y gritaban, en la noche habría un espectáculo en la plancha del Zócalo, todos los mexicanos estábamos invitados, menos yo, o mejor dicho, no me gustaban fechas como hoy.

Decidí olvidar la festividad y me concentré en las fotografías que aquel joven vendía, se trataban de la Ciudad de México, hubo una en especial que me gustó muchísimo, el vendedor se compadeció ante mi regateo; era de Ciudad Universitaria por los años 60's, recordar cómo era en esa entonces, me costaba un poco de trabajo, en esos años yo fui una de las fundadoras del ballet folklórico mientras estudiaba en la Facultad de Derecho, al pagar la fotografía, escuché una voz a mis espaldas, ¡Qué bella era la Universidad!, era su voz, la que me cautivó cuando estaba estudiando, era él, era Álvaro.

El entusiasmo fue tan grande que al girarme y darle un abrazo, derramé lo poco que quedaba de mi café, él se disculpó, me prestó su pañuelo para secarme diciéndome que no había sido su intención asustarme, le dije que no había problema, después de tantos años no pensaba encontrarlo y menos en una calle tan concurrida, dijo que quería invitarme un café, que él conocía el mejor lugar, en frente del Palacio de Bellas Artes, pero que el único problema es que habría que subir pisos, pero que sin duda merecería la pena, porque la vista es inefable.

Al verlo detenidamente, me percaté que él seguía siendo alto y corpulento, sus ojos avellanados perdieron brillo pero aún reflejaban vida. Su ropa negra le ha robado el color a su cabello, que ahora es bastante gris; aquella chamarra de cuero se ha convertido en un suéter de estambre, junto con una camisa que apenas y se asoma por el ojal del suéter. Sus jeans son los únicos que no han cambiado del todo, salvo por la talla, siguen siendo de mezclilla, y las botas o los famosos tenis de

estrella, han dado paso a zapatos cómodos y con suela suave.

No pude negarme a su invitación tan inesperada, tomé la fotografía y le agradecí a él por ese encuentro, no puedo calcular bien su edad, cuando nos vimos por última vez, ese fatídico miércoles tenía 23 o 25 años, realmente no lo recuerdo; supongo que soy muy obvia porque me dice, Ana, tengo 75 años y aún sigo vivo y con ganas de seguir luchando... ¿Ya lo has olvidado? Le respondo en susurro que no, que aún recuerdo ese día y el cambio que hubo con ello en nuestras vidas y en el país, que aún me duele que se festejen días como hoy, con gritos de "¡Viva México!", siento repudio al gobierno y muchas cosas más.

Sin decir nada más, empezamos a caminar, yo guardé la fotografía en mi pequeño bolso, mientras me extiende la mano para caminar, "como en los viejos tiempos" menciona él. Conmocionada le brindo mi mano y tomamos rumbo hacia Bellas Artes, en el transcurso, le menciono a Álvaro que la calle Madero no es la misma, que lo único que recuerdo en esta calle es el Convento San Francisco que sigue a un lado de la cafetería; él se ríe, me dice que extrañaba que le dijera Álvaro, que nunca se acostumbró a ello, pero que igualmente le gusta que le llame así. Le repito que su nombre Mario sigue sin tener poder, y que Álvaro suena fuerte y potente. Ambos reímos.

En el trayecto no hubo mucho que decir, ambos mirábamos las decoraciones de tienda en tienda, muchas personas ya estaban festejando a la Patria, otras más se dirigían a ello, mientras tanto, Álvaro me comentaba una de sus tantas borracheras, esta vez era cuando estaba con su amigo David Roura "el poeta", él estaba triste porque Laura lo había votado, bebimos tanto en una taberna, cerca de la Talabartería "El Caballo Mexicano" con los buenos amigos, Negrete y Alfredo Jiménez, lo que más recuerdo de aquella noche, es que acabamos dándonos golpes con quien sabe cuantos hombres.

Mientras él me contaba su anécdota yo veía pasar a la gente; pensé que cada vez esta calle era más concurrida a lo que estábamos acostumbrados por allá de la década de los 60's. Álvaro entendió mi pensamiento, casi siempre los descubría y no sé si eso aún me atraía o me perturbaba, por eso, me comentó que ya casi llegábamos, que respirara un poco y viera a las estatuas vivientes, los arreglos en la calle o las tiendas de ropa y maquillaje.

Y así lo hice, al ver escaparates de ropa, noté que habían cada vez más vestidos cortos con flores, camisas de tirantes con estampados de lo que pudiera ser de nuevas bandas de rock, cada prenda más extranjera y menos nacional; sea la ropa que sea, cualquiera era mejor que aquel uniforme marrón membretado con un folio, odiaba ser un número encerrado en no más de 20 metros. Decidí borrar aquellos recuerdos y pasé la vista por esa pareja que representaba la época Zapatista,

inmediatamente se la señalé a Álvaro y él me dijo que se veían casi como un retrato; sacó sus gafas para verlos mejor, nunca lo había visto con lentes, y éstos lo hicieron ver intelectual y a la vez viejo, la edad no perdona a nadie, pensé.

Llegamos en frente de Bellas Artes, y la cafetería estaba en el octavo piso, entramos por la tienda departamental y nos dirigimos hacia el elevador, adentro de él, pareciera que no era necesario las palabras, la banda sonora de *cielito lindo* amenizaba el ambiente, no me percaté de cuándo llegamos al piso requerido hasta que se abrieron las puertas del elevador; pasamos sin ver las cosas del hogar y llegamos a la cafetería, no había gente, era de esperarse, a esa hora, a nadie le apetecía algo caliente, todos celebraban a la Nación.

Desde las alturas, todo tenía color, sobre todo el verde, blanco y rojo; nos sentamos en una mesa un poco retirada del balcón, a mis 70 años, me seguía dando miedo las alturas. La mesera llegó y Álvaro sin chistar pidió dos cafés americanos y bisquets para acompañar; no pasaron ni cinco minutos cuando la mesera volvía con el pedido, y tras ambos dar el primer sorbo al café, él se dispuso a hablar.

Me dijo que le gustaba haberme encontrado de nuevo, que merecíamos seguir con una vida, que de ese día, sólo quedaban escombros. Le contesté que me era difícil, que en ese entonces vivía por Chapultepec y pasaba cuando ponían las primeras piedras para el metro, me dijo que lo recordaba bien, que no pasó ni un año cuando se abrió la estación San Lázaro.

Le pregunté por aquel Cine Colonial en donde vimos nuestra primera y única película, "Nosotros los pobres", él tristemente contestó que después de mucho, lo habían demolido, que no quedaba más que en sus recuerdos aquellas funciones.

Álvaro se sorprende de mi fuerza, me dice que mi manera de vestir no ha cambiado mucho, que sigo vistiendo con elegancia, yo me sonrojo, hace muchísimo tiempo que nadie me había puesto tan sensible. Le pregunto sobre ese día, me confiesa que aquella tarde, creyó que me había perdido para siempre, que siguió luchando junto con el Frente Estudiantil Revolucionario hasta que fue capturado en 1974, que sólo duró dos años encerrado y escapó con un grupo de guerrilleros, que en ese tiempo su vida fue un toma y daca, el esconderse de día y caminar de noche, su vida estuvo en riesgo, más que la mía, hasta que pudo tener un poco de paz cuando en 1982 consiguió amnistía.

Yo me conmuevo por lo que me acaba de decir, me cuesta creer que después de casi 50 años, él esté frente a mí; le tomo la mano y trato de que mis ojos no tengan una vista nublada. Me dice que no ha pasado nada, que así lo trató la vida, y que aún está dispuesto a hacerlo una y

otra vez, por ver un cambio en su país.

Álvaro vuelve a sacar su pañuelo, me seca casi a tientas una pequeña lágrima que recorre mi mejilla, me dice que el café sin sal sabe mejor y que los malos ratos ya han pasado. Me pregunta lo que he hecho en tanto tiempo, le digo que después de tocar fondo en Santa Marta Acatitla, pude reconstruir mi vida poco a poco, volví al Folklore, ya no pude ejercer mi abogacía por las diversas confrontaciones en mi contra, pero con la danza tuve eso y más, alegrías, presentaciones y reconocimiento, la danza para mí fue mi segunda oportunidad de vida, sé que no hicimos lo incorrecto, que tuvimos muchísimos amigos que perecieron aquella tarde, que el gobierno pensó que era lo mejor, y que Díaz Ordaz se libró de todo cargo, pero que nosotros, sabemos qué y cómo pasó, desde las confrontaciones en el IPN, hasta aquella marcha pacífica en la Plaza de las Tres Culturas...

Se me quiebra la voz y Álvaro me pide que tome un poco más de café y que mejor celebremos el tan enigmático encuentro, que empezaba a anochecer y que las festividades estaban por comenzar, escuchamos los primeros fuegos pirotécnicos, y vemos cómo estallan en el cielo.

Yo le pregunto, ¿será que esta noche, sólo son fuegos pirotécnicos?, Álvaro me contesta, Ana, aunque desconfiemos, sólo son centenares de luces en el cielo, aclaman paz y festividad, le pregunto que cómo es que ha podido vivir con tanto en su pasado, él me contesta, Ana, a veces el pasado es mejor que se quede allá, que sea nuestro pilar, pero que no nos cuarte nuestro sendero.

No pude escuchar mas, el estruendo de aquellos estallidos me hicieron sentir muy vulnerable, me siento liviana y las lucecitas de colores inundan mi vista, se empiezan a volver difusas y ya no escucho aquellos gritos... Creo que todo ha acabado, sólo siento paz, y un silencio que me acoge poco a poco.